A SAN JOSE.

Hacemos nuestro, en un todo, el siguiente bellísimo artículo de nuestro querido colega *La Union Vasco Navarra:*

«No nos perdonaríamos nunca el olvido de saludar al excelso Esposo de la Santísima Vírgen el dia dedicado á su conmemoracion por la Iglesia Católica y en el año en que ese dia en nuestra España es por primera vez fiesta de ambos preceptos.

La Santidad de Leon XIII, al decretarlo, ha satisfecho una necesidad del corazon español, así como la Santidad de Pio IX satisfizo una ansiedad universal, al declararlo Patron de la Iglesia Católica.

Sabido por nuestros lectores más que teórica prácticamente lo que es el patrocinio de San José para con los pobres desterrados que atravesamos las arideces de esta vida, nada más diremos para desahogar nuestro corazon de católicos ante el reciente decreto del Sumo Pontífice, que tanto Leon XIII como Pio IX no solo interpretaron fielmente los sentimientos del pueblo cristiano, sino que han estado sumamente oportunos.

Dos males, por cierto bien profundos, corroen nuestra sociedad actual, y son causa de nuestra desgracia; el disgusto de la vida oscura, y el ansia de goces materiales, ó sea el deseo de *brillar* y de *gozar;* pues bien, el Romano Pontífice, al abrir las humildes puertas del taller de Nazaret, y señalar á nuestro particular y solemne culto al Santo Anciano que lo dirige, se propone que sus ejemplos neutralicen esos perniciosos efectos.

¡El trabajo! ¡La vida oscura! Hé aquí lo que practicó San José; el excelso Patriarca pasa una vida silenciosa, retirada y trabajosa, nada se nota en él exteriormente de grandeza, á pesar de su noble alcurnia, sin embargo que sus sienes podrian ceñir corona de reyes; ni como

Moisés y Josué, da leyes al mundo, ni cambia el órden natural, ni guía á un pueblo entre portentos á través de los desiertos; ni como los profetas y apóstoles da vista á los ciegos, salud á los enfermos y vid a á los muertos; nada, una vida sin agitacion, sin notoriedad, sazonada por el sudor que el trabajo hace correr por su frente; en una palabra, una vida verdadero idilio del Cielo.

Ante esa vida oscura santificada con el trabajo, tan encomendada por el Espíritu de Dios, y que proporciona la paz del corazon y el sólido placer de la inocencia, forma un triste contraste la vida moderna, tan decantada por el espíritu del mundo, vida que trae la agitacion del espíritu y la corrupcion del corazon. Desde que la revolucion francesa escribió sarcásticamente sobre la guillotina la palabra *Igualdad,* para excitar las pasiones de los hombres, los pueblos han ido tras ese ideal, queriendo salir de la oscuridad en que la Providencia les colocó, y aspirar la atmósfera del gran mundo; y efectivamente, lo han puesto en práctica, sólo que al tocar los resultados, se han encontrado que no hay igualdad en intereses, en empleos, en clases y categorías, sino en el ansia de gozar y de brillar; se han encontrado con el desmedido lujo en las familias, la fastuosidad en las moradas, y el refinamiento en los placeres, especie de arpías que devoran los ahorros de la posicion modesta, y los pingües caudales de la opulencia, produciendo efectos que estamos palpando; irregularidades, divorcios, suicidios.

Con oportunidad admirable, pues, el augusto Pontífice, señala á nuestra especial veneracion á San José; porque, al fijarnos en él, vemos destacarse en el fondo del ambiente en que está colocada su dulcísima figura, aquella admirable sentencia del Divino Maestro, que es el único remedio á esta fiebre letal que nos devora. *Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los Cielos.*»